

APROXIMACIÓN A LAS CONCEPCIONES MILITARISTA Y ANTIMILITARISTA DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

F.J. CARCELÉN HERNÁNDEZ

RESUMEN

La actitud de las instituciones eclesiásticas y de los primeros cristianos frente a los conflictos bélicos de su tiempo se enfrenta de forma clara con el mensaje de justicia y «paz» atribuidos a Cristo. Esta confrontación, el dualismo pacifismo-violencia, surgen de la tradición social y cultural del Imperio romano, por un lado, y del corpus ideológico de Jesús de Nazareth por otro.

Palabras clave: instituciones de la Iglesia, primeros cristianos, mensaje de justicia, Cristo, pacifismo, violencia, Jesús de Nazareth.

ABSTRACT

The disposition of Church institutions and the early Christians towards the war conflicts or their time clearly clashes with the message of justice and «peace» which is attributed to Christ. This conflicting dichotomy —peace versus violence— rises partly from the social and cultural tradition of the Roman Empire, and partly from the ideological corpus of Jesus of Nazareth.

Key words: Church institutions, early Christians, message of justice, Christ, peace, violence, Jesus of Nazareth.

Fecha de recepción: diciembre 1993.

Facultad de Geografía e Historia. Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita. Universidad de Valencia. Valencia 46071.

Pacifismo y violencia. Violencia y pacifismo. Da igual la manera en que enunciemos un binomio que encierra dos conceptos radicalmente opuestos —pero curiosamente incompresibles el uno sin el otro—, pues ambos no hacen sino reflejar dos actitudes indisolublemente vinculadas a una misma realidad: el género humano. Como producto de éste, la religión en general y el cristianismo en particular han dedicado páginas enteras de su historia a tratar de establecer en forma de incontestables códigos morales de sabor eminentemente sacro-santo, las pautas que debían regir el comportamiento de las sociedades humanas. En este sentido, la guerra y la paz —cara y cruz de la convivencia—, jugarían un papel relevante, pues sobre una y otra se edificaron enmarañadas disquisiciones teológicas y doctrinarias que, según el caso, se esgrimirían interesadamente desde el púlpito y la cátedra para ensalzar o denostar el uso y abuso que esas mismas sociedades hacían tanto de la primera como de la segunda. Por desgracia, la historiografía no se ha prodigado en exceso a la hora de indagar sobre la visión que los primitivos cristianos tenían de esa dualidad pacifismo-violencia que envolvía el curso de sus vidas, auténtico «sino» que precisamente nos ha servido de inspiración para trazar la línea argumental sobre la que girará el entramado expositivo de este artículo. Empleando un enfoque lo más crítico y desapasionado posible, intentaremos soslayar, en la medida de nuestras capacidades, la penumbra creada en derredor de una cuestión verdaderamente interesante que abriría uno de los debates más duraderos y polémicos de la historia del cristianismo.

En principio, la pregunta que cabría formularse afectaría al papel que desempeñaron la violencia y el pacifismo en la evolución del pensamiento cristiano durante su época más primigenia. Tomando como punto de referencia tal cuestión, podrían entreeverse con mayor facilidad las claves que explican tanto los posicionamientos militarista y antimilitarista claramente perceptibles en la teología cristiana bajo-imperial, como la actitud que en el seno del ejército tuvieron frente a la guerra los soldados ganados a esa fe.

Desde luego, puede resultar sorprendente que lo que hoy se ha convertido en un mensaje de comprensión, amor, paz y respeto que ha trascendido todas las barreras humanas y geográficas, fuera en sus orígenes una religión que se abstuviere de condenar la impetuosa bélica que azoraba a la sociedad romana; es más, con el paso del tiempo y paradójicamente, esa doctrina estaría incluso dispuesta a aplicar tal violencia si era el caso, y sin tener el menor atisbo de miramiento por la suerte de la vidas humanas. Así, Agustín de Hipona, retomando premisas ciceronianas, aludió allá por el siglo IV d.C. a los conceptos de «guerra justa» y «guerra injusta»¹. Estableciendo un corpus diferenciativo entre ambos, en último término, no hizo sino

1 Esta dualidad que posteriormente será perfeccionada y desarrollada por algunas de las más brillantes y despejadas mentes teológicas medievales, aparece en la obra *De civitate Dei*, elaborada entre los años 413 y 426 d.C. Sobre tal teoría, WESLER, A.G.: en «La cristiandad y los otros». La teoría medieval de la guerra santa y de la guerra justa» *Concilium*, XXIV, II, Nº 220, Madrid, 1988, pp. 466-467, escribe «*San Agustín (354-430) llegó aún más lejos en la fusión del pensamiento romano y judeo-cristiano. A su juicio, la guerra era un medio lícito para restablecer la paz y la justicia violada y para castigar a los malvados. Cuando estos objetivos morales constituyen el móvil y, por tanto, la intención es recta (recta intentio), está justificada una acción bélica para vengar la injusticia (...). La responsabilidad moral de la guerra corresponde a la autoridad pública: el soldado cristiano ha de obedecer mientras lo mandado no se oponga expresamente a un mandamiento de Dios.*

Este criterio amplía considerablemente la norma ciceroniana. No sólo la recuperación de bienes robados y la reparación de un mal padecido justifican una guerra, sino que, en la visión de Agustín, el mantenimiento y la defensa del orden moral y el castigo de los malvados como tales constituyen un fin aceptable de la misma. Combatir a los herejes y someter a los pueblos paganos por medio de la violencia son conductas moralmente justificadas, con tal que se proceda con recta intención. Esta visión introduce la situación veterotestamentaria en el Imperio Cristiano. Los

avalar desde una perspectiva teológica cierto tipo de agresividad física, que la Iglesia emplearía en adelante contra todos aquellos enemigos de la fe de Cristo.

Parece ser que se ha convertido en todo un axioma historiográfico plenamente aceptado, afirmar que el cristianismo no sólo es fruto del Imperio romano sino que además no se puede entender sin él². Pero lo que no se suele considerar ni tan frecuente ni tan rotundamente es que el cristianismo también fue producto de la violencia, y de ahí, el hecho de que en la trama doctrinaria que después acuña subyazca un pacifismo marcadamente ambiguo y desnaturalizado. En este sentido no se debe olvidar que el cristianismo surge en el marco de una tremenda conflictividad social y un exasperante fanatismo religioso, aderezado todo ello con un agresivo sentimiento nacionalista de tintes mesiánicos, que siempre buscó la manera de despojarse tanto del sofocante yugo romano como de otras pretéritas dominaciones no menos molestas³... Posteriormente florecería, entrando en expansión, gracias a la sensación de angustia y vacío espiritual que los avatares históricos depararían a los siglos bajo-imperiales. Reinando en éstos un sentimiento de desazón e indefensión hacia lo que el futuro podía traer —con ejércitos rebeldes, pestes, bagaudas, y bárbaros rondando a lo largo y ancho del Imperio—, el cristianismo actuará como un pañuelo que enjugará las lágrimas de muchos de los súbditos de Roma, ofreciéndoles una vida y un reino en los que creer aunque no fueran de este mundo⁴.

La violencia, fuera verbal o física, impregnará hasta la médula la institución eclesiástica que se constituye en la suprema realidad material del cristianismo. De hecho, desde el crepúsculo de la Antigüedad —en el que reina ya como religión exclusiva de un desvencijado Imperio— hasta los albores de la Contemporaneidad —en los que la Ilustración y el liberalismo decimonónico lanzarán demoledoras andanadas contra el cristianismo en general y la Iglesia católica en particular—, la Iglesia utilizará al servicio de sus intereses ese impulso negativo; y arropándolo

enemigos de Dios son los enemigos del Imperio. Los cristianos están obligados a defender el reino o Imperio de Dios. Es evidente que entonces resulta fácil retorcer el argumento y presentar a los enemigos del Imperio como enemigos de Dios. La identificación del Imperio con el bien moral y la calificación de los adversarios como enemigos de Dios, sin derecho a la existencia, procuran una justificación moral a la guerra, porque la causa del Imperio se confunde con la de Dios. El Estado cristiano aprende a pensar en categorías veterotestamentarias. El nuevo pueblo de Dios toma las armas contra los malvados».

También puede resultar interesante —en relación con esta cuestión que estamos tratando—, la consulta del breve artículo de PARRINDER, G.: en *The Encyclopedia of Religion* (Vol. 11), London, 1987, p. 222, en el que se aborda el binomio paz-guerra y su vinculación con el pensamiento agustiniano.

2 TEJA, R.: *El cristianismo primitivo en la sociedad romana (La historia en sus textos)*, Madrid, 1990, p. 17. Por su parte, SANTERO, J.M. y GASCÓ, F.: en *El cristianismo primitivo* (Tomo LVII de Historia del Mundo Antiguo), Madrid, 1990, pp. 7 y ss., indican sobre el particular que «*el cristianismo de los primeros momentos no es, por supuesto, el fenómeno fundamental en la historia de los comienzos del Imperio romano, sino por el contrario, un fenómeno en principio marginal, muy localizado y poco importante, aunque posteriormente la expansión y desarrollo de su doctrina y la proliferación de sus adeptos terminará influyendo decisivamente en el rumbo histórico del Imperio romano*»; añadiendo luego que «*se trata de un fenómeno desarrollado en el marco del Imperio romano y, como tal, en absoluto ajeno a todas sus características: políticas, económicas, sociales, religiosas y culturales*».

3 Sobre la evolución histórica de Palestina desde el asentamiento de las tribus judías hasta la dominación romana, es sumamente interesante el trabajo de GARCÍA IGLESIAS, L.: *El pueblo elegido* (Tomo IV de Historias del Viejo Mundo), Madrid, 1988. A través de él se pueden entrever las líneas maestras que explican tanto el carácter indómito del pueblo judío, como el hecho de que el territorio que ocuparan fuera uno de los más conflictivos y atormentados del mundo antiguo.

4 «*Raras veces* —escribe BROWN, P., en *El mundo en la Antigüedad tardía (de Marco Aurelio a Mahoma)*, Madrid 1989 (ed. original 1971), p. 80 —*una pequeña minoría ha actuado con tanto éxito sobre las angustias de una sociedad como lo hicieron los cristianos*».

con toda una parafernalia litúrgica y doctrinaria de ribetes místicos, aliada cuando no en pugna con los poderes mundanos, justificará ante los ojos de su Dios la variada serie de atropellos, guerras y atrocidades en las que la cátedra de San Pedro se vio directa o indirectamente implicada, y que vinieron dictadas las más de las veces por aspiraciones, deseos y ambiciones más terrenales que espirituales.

Cualquiera que se enfrasque en la, a veces, útil lectura de muchos de los versículos y pasajes que conforman el Nuevo Testamento, puede extraer el corpus ideológico y moral fundamental que integra y caracteriza el pensamiento que Jesús de Nazaret legó a sus seguidores. Englobándolo en un trasfondo milagrero sembrado de portentos y prodigios sin igual⁵, los cuatro evangelistas —por poner un ejemplo—, recogen todo un muestrario de sentencias y juicios que, atribuidos a Cristo, exponen con una claridad meridiana las opiniones que aquél tenía sobre los vicios y virtudes de su tiempo, vicios y virtudes que por otro lado aún comparte la civilización actual a pesar del tiempo transcurrido. En síntesis, el mensaje que transmitió virtualmente estaba impregnado por la esencia de un incommensurable sentimiento de amor, justicia, respeto, ...y paz, condenando en este sentido y con frecuencia los conflictos armados.

La guerra, quizá exageradamente fue definida por Contamine como todo un «fenómeno cultural» integrado por «un conjunto, a veces muy completo y rara vez unívoco, de condicionamientos jurídicos y morales»⁶. Harmand, que hace algo más de veinte años analizó las causas más inmediatas de la guerra, aludió en primer lugar a lo que llamaba «*le fait religieux*» y en el manifiesto que «*apoyándose en los héroes y semidioses, el hombre antiguo siente constantemente su presencia y sus exigencias en la cotidianidad de las guerras*»⁷. Bajo, nuestro parecer, tanto un historiador como otro se refieren en sus investigaciones al innegable aparato conceptual que va ligado a tales conflictos, y en el que la religiosidad y la moralidad —esferas que suelen interpenetrarse con frecuencia— tienen un papel destacado cuando no preponderante en el juego de las relaciones humanas, al proporcionar en última instancia un ligero barniz que respalda y justifica las belicosas acciones que se emprenden contra otros semejantes.

En el caso de la Sagradas Escrituras, auténtico lecho rocoso del que partirá toda la tradición cristiana posterior —tanto en su vertiente católica como protestante—, se percibe una marcada dualidad en el enfoque que se da al tema de la violencia guerrera, dualidad que no es sino lógico resultado de la articulación de la Biblia en el Antiguo y Nuevo Testamento. En el primero, incluso se convierte en una cuestión eminentemente religiosa⁸. Como ha escrito Wesler, aquélla presidiría «*el nacimiento de Israel como nación: por orden de Dios fueron aniquilados los enemigos y fue confiscada su tierra. Los relatos sobre la conducta de Josué, de Gedeón, de los Macabeos hablaban de guerras queridas y guiadas por Dios. Sus intervenciones violentas se justificaban por el hecho de que la guerra aparecía como emprendida por la autoridad de Dios*»⁹. Por el contrario en el Nuevo Testamento se rastrea un talante pacifista que no duda ni por un momento en condenar con tajantes diatribas toda violencia que altere o

5 La atribución de poderes milagrosos, sobrenaturales, taumatúrgicos, etc... a Jesús de Nazaret, es seguro resultado de la vasta producción literaria apologetica posterior, cuando las comunidades cristianas primitivas fueron difuminando a la realidad histórica de los hechos acontecidos.

6 *La guerra en la Edad Media*, Madrid, 1984 (ed. original 1980), p. 329.

7 *La guerra antigua (de Sumer à Rome)*, París, 1973, p. 57.

8 GROSS, H. et. alii: *Dizionario di Teologia biblica* (diretto da Johannes Bauer), Brescia, 1965, p. 654.

9 *op. cit.*, p. 465.

quiebre la inexcusable paz y mansedumbre que ha de reinar y regir el rebaño de Dios. Será el poder omnímodo de este último el encargado de hacer justicia (Ro. 13, 4), no debiendo de esgrimirse el mortal acero para castigar a los malvados e impíos, pues su uso sólo traerá la muerte para el que lo empuñe (Mt. 26, 52). El amor al prójimo que emana por todos sus poros los distintos pasajes de la narración bíblica, se extenderá incluso a los enemigos, pareciendo detectarse por parte de los cristianos una virtual renuncia a la violencia en sus relaciones cotidianas con el resto de la humanidad. Ajena primero al estado natural del hombre, achacada luego al pecado y la relajación de costumbres¹⁰, considerada después como «*principio de sufrimientos*», y finalmente comparada con la devastadora quinta plaga, la guerra emergerá ante los ojos y corazones de los seguidores de Jesús como el más preclaro indicio de que el fin había de llegar, recordándose al hombre en todo momento¹¹.

A la luz de todo lo expuesto, no deja de ser contradictoria la existencia de determinados episodios en los que Cristo o sus apóstoles evitan formular unánimes condenas sobre la ocupación de los soldados, llegando incluso a referirse a la profesión de armas como algo normal y legítimo. Ejemplos desde luego no nos faltan: el Jesús que pondera la fe del centurión (Mt. 8, 5-13); el texto de los Hechos de los Apóstoles que alude al centurión Cornelio (Hch. 10); el Juan Bautista que recomienda a los soldados que no molesten a nadie, que no denunciasen en falso y se contentasen con su salario, de la misma forma que había prohibido a los publicanos que pidiesen más de lo establecido (Lc. 3, 14); o la epístola a los Hebreos que no presenta ningún juicio desfavorable a las salvajes luchas en las que se vieron envueltos las doce tribus de Israel (He. 11, 32-34).

Es muy posible, sin duda, que ésta sea la gran paradoja que, a los interesados en el cristianismo primitivo, nos ha traído el estudio de tan singular fenómeno histórico: lo curiosa y llamativa que puede parecer una religión, que por un lado condena rotundamente el uso criminal de la espada, y por otro, adopta una actitud más bien condescendiente y tolerante para con los soldados y guerreros de su tiempo. Para nosotros, será esta posición tan notoriamente ambigua, la que conformará el plano inclinado a través del cual el cristianismo llegará a ser una doctrina, si no favorable, al menos sí compatible con la violencia humana. Es por ello, por lo que no nos parece que haya esa tan evidente disparidad —de la que hablaba Zahn¹²— entre el pragmatismo posterior, y el comportamiento que el primitivo cristianismo tuvo en los siglos que siguieron al fundador y a sus más inmediatos acólitos.

Por otro lado, a pesar de la ambigüedad arriba reseñada, en los primeros tiempos se registraría un palmario sentimiento de rechazo a tal violencia, prohibiéndose al catecúmeno y al fiel matar, correr a enrolarse, y emplear el «*ius gladii*»¹³. No obstante, el armamento del soldado sirvió de inspiración a San Pablo para acuñar una temprana concepción místico-iconográfica articulada en torno al combate espiritual, concepción que será ampliamente espoleada por los primeros cristianos con el objeto de dar forma y sentido definitivos —utilizando una perspectiva enteramente simbólica, figurativa y un tanto poética— a una parte fundamental y ciertamente prioritaria de sus arreos ideológicos-doctrinarios: la guerra contra el pecado. Así, en la epístola

10 MOSCHETTI, A.M., et alii: *Enciclopedia Filosofica* (Tomo II), Venezia-Roma, 1957, col. 928.

11 GROOS, H.: *op. cit.*, p. 660.

12 «Guerra total y pacifismo absoluto» *Concilium*, XIX, II, N° 184, Madrid, 1983, p. 50.

13 GIANNINI, A. et alii: *Dizionario patristico e di antichità cristiane* (diretto de Angelo di Bernardino), Vol. II, Roma, 1984. col. 1725.

a los Efesios (6, 10-20), el propio Pablo alude en un versículo a la llamada «*armadura de Dios*», compuesta por la coraza de la justicia, el yelmo de la salvación, la espada del Espíritu, y el Evangelio de la paz como calzado, «*porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (6, 12).

Esta imagen maniquea de la guerra, concebida como algo que únicamente podía afectar a los abstractos senderos de una espiritualidad humana, que se debatía entre la gracia de Dios y el estigma condenatorio del maligno, se vio pronto alterada y mutada. Una de las razones prioritarias que explican ese cambio, está en relación con la lenta pero inexorable integración del cristianismo en el apartado estatal del Imperio romano a partir del siglo II. La recién fundada institución eclesiástica, sería en aquel momento consciente de la necesidad de adaptarse al marco político, social y económico impuesto por una Roma que se encontraba entonces en el pináculo de su poder. A su vez, esa necesidad, conllevará renunciar a algunos de los postulados del original fondo religioso-conceptual, en el que hundía sus cimientos un cristianismo que ya había demostrado tener unas ideas más que confusas y arbitrarias respecto al tema de la violencia y la guerra. Así, la Iglesia, aprovechándose por un lado de la característica ambigüedad reinante en la mesiánica predicación de Jesús, y situándose por otro, por encima de las fanáticas proclamas montanistas contrarias a la milicia, empezó en ese siglo a tolerar y aceptar la participación de los cristianos en las legiones, para posteriormente ensalzar, ponderar y potenciar una mayor integración de los mismos en la maquinaria militar en el preciso momento en el que ésta —totalmente ganada a Dios y a la Cruz— defendía, allá por el siglo IV, los intereses de los llamados emperadores cristianos.

Creemos que sería convenientes detenernos en el fenómeno montanista, debido a la notorias y significativas implicaciones que tendrá respecto al tema de la guerra, pues adoptará una postura que se desmarca totalmente del esquema prescrito por la ortodoxia cristiana, entrando en abierta contradicción, cuando no oposición, con la misma. Ciertamente, el montanismo, el gnosticismo y el marcionismo, constituirán las primeras astillas heréticas que a causa de licenciosas y atrevidas interpretaciones doctrinarias, saltarán de aquel mensaje aparentemente pétreo, inamovible e incuestionable que Jesús legó. Junto con el arrianismo y el donatismo doscientos años después, evidenciarán un talante marcadamente contestatario que mantuvo en jaque a la Iglesia durante sus primeros siglos de existencia, obligándola a construir una estricta concepción teológica que no admitiría distorsionadas valoraciones o sesgadas lecturas, siendo defendida tanto con la fuerza de la palabra como con la violencia de la espada.

Surgido en un zona de Asia desde la que las atalayas romanas oteaban los atormentados y vastos horizontes de un continente en plena ebullición político-espiritual, el montanismo, como movimiento fundamentalmente religioso en absoluto ajeno a la carga conceptual mesiánica implícita en el cristianismo, en algunos aspectos no supondrá una desviación del mismo, pues retomó ciertos principios y postulados presentes en la original predicación de Jesús —renuncia a la violencia física y por tanto a participar en cualquier ejército— que, como vimos, la propia Iglesia había adulterado por voluntad propia para acomodarse mejor al armazón político imperial en el que se estaba enquistando.

El montanismo —en gran parte por los prejuicios antirromanos y antiestatales de los que estaba dotado—, prohibió a los cristianos el desempeño de los cargos públicos y la incorporación en la milicia en el preciso momento en que se hacía más patente y necesaria la solidaridad

entre todos los súbditos del Imperio por las dramáticas dificultades por las que éste pasaba¹⁴. La primera y principal consecuencia que tal actitud deparó, sería un significativo cambio en la valoración que el gobierno romano había tenido hasta ese momento de las comunidades cristianas, haciéndose éstas a partir de entonces políticamente sospechosas¹⁵. Pero aún habría otra consecuencia más de capital importancia, pues si bien es cierto que la Iglesia y la inmensa mayoría de los cristianos se esforzaron por desentenderse de tales opiniones para escapar de las iras del Estado —vertiendo así toda clase de condenas contra lo que consideraban como una execrable secta rigorista—, no lo es menos que las futuras actitudes antimilitaristas preconstantinianas enraizadas en la mentalidad de una minúscula parte de la intelectualidad cristiana, tendrán un indiscutible punto de partida en la propia doctrina alumbrada por Montano de Frigia, independientemente de que algunos de aquellos brillantes escritores, pensadores o teólogos influidos por tal herejía fueran o no acérrimos seguidores de la misma¹⁶.

El principio de «*pugnare mihi non licet*», prendió con fuerza en autores de la talla de Tertuliano —convertido al montanismo—, Orígenes, Minucio Félix, Cipriano, Lactancio,...¹⁷. Encuadradas sus obras en el siglo III, en todas ellas subyacerá un mensaje antibelicista —en ocasiones vehemente y en otras visceral— pergeñado muchas veces desde concepciones un tanto apocalípticas y tenebrosas. Así, la guerra sería presentada como el más abyecto de los sacrilegios que podía cometer un cristiano, como un homicidio a gran escala que legalizado por la autoridad oficial dejaba una huella indeleble en el espíritu humano, fatal baldón que ni siquiera podía ser expiado recurriendo a expedientes tan draconianos como el martirio. Además, con frecuencia también tendió a asociarse el servicio militar con las prácticas idolátricas con las que se exaltaban y reverenciaban las figuras del emperador y las divinidades antes o después de entrar en batalla. Se mezclaba por tanto «*el rechazo general de la guerra y la creencia de que no es lícito a los emperadores formar parte del ejército de un estado pagano, ya que ello implicaría luchar bajo los estandartes de los dioses paganos*»¹⁸. Sin embargo, con el transcurso de los años ese vilipendiado culto imperial se vaciaría paulatinamente de su primitiva carga religiosa, asumiendo un significado de pura lealtad política. En la medida en que todos fueron tomando clara conciencia de esta transformación, también los cristianos redujeron su oposición

14 Los años centrales del siglo II d.C. fueron especialmente problemáticos para Roma en lo que se refiere a la política exterior. Revueltas —Egipto (152, 153, 172, 173,...), Britania (154, 155,...)—, guerras —Mesopotamia (161, 165, 166,...), el Danubio (167, 171, 174,...)—, y disturbios en otros muchos lugares donde la autoridad imperial era abiertamente desafiada, forzaron a las tropas a combatir duramente, alternándose las victorias con las derrotas, y obligando a realizar nuevas levadas para suplir la sangría que tales campañas generaba.

15 SORDI, M.: *Los cristianos y el Imperio romano*, Madrid, 1988 (ed. original 1986), pp. 75-76.

16 BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.: «Los cristianos contra la Milicia Imperial. La objeción de conciencia en el cristianismo primitivo» *Historia 16*, N° 154, Madrid, 1989, pp. 68-76. El prolífico profesor Blázquez retoma, expone y matiza en el curso de este artículo los argumentos ya clásicos que E. Gabba, apoyándose en un estudio exhaustivo de la obra *De Corona* de Tertuliano, esgrimió sobre el origen del pacifismo cristiano y su más que posible vinculación con la desviación montanista.

17 Pero no es menos cierto que la postura de tales figuras de la primigenia teología cristiana no deja de ser contradictoria, pues si bien se oponen a la lucha armada por considerar que su fin no es sino provocar el sojuzgamiento y muerte del hombre —al que consideran un animal sagrado—, también se muestran luego a favor de aquella cuando se hace en nombre de Dios y bajo la bandera de los emperadores cristianos. Por este camino llegará la Iglesia a introducir en el siglo IV la costumbre de pedir en sus oraciones por el ejército, siendo a partir de entonces el servicio de armas totalmente lícito para toda cristiano que se preciase de su condición de soldado de Dios.

18 RUETHER, R.R.: «Guerra y paz en la tradición cristiana» *Concilium*, XXIV, Y, N° 215, Madrid, 1988, p. 30.

hacia palabras y actos que, en el pasado, habían sido considerados como expresiones del tal culto pagano¹⁹.

La polémica, discutida y controvertida conversión de Constantino, imposible de entender sin tener en cuenta el terrible marco de las guerras civiles que enfrentaron a los tetrarcas y que hipotecaron violentamente el futuro del Imperio, erradicaría de los rostros de los cristianos cualquier clase de aspaviento o expresión mohína al servicio de armas. Adoptando como emblema militar la sagrada imagen de la vera cruz, aquél que se consideraba como obispo y decimotercer apóstol de Jesús, «había vuelto la espalda a esos rudos filisteos que hacía poco habían atacado a la Iglesia», provocando con su decisión el «gran deshielo de principios del siglo IV: un mundo civil completamente restaurado, tanto pagano como cristiano (que) se agolpaba alrededor del emperador»²⁰. Sin embargo, «la cristianización del Imperio —escribía el profesor Bajo— no fue el resultado de una conversión individual (aunque se trate del Emperador), sino la cristalización de un proceso que implicaba a la mayoría de sus súbditos y cuyos orígenes últimos se situarían a finales de la República, coincidiendo con el comienzo de las crisis de la religión pagana y cuyos orígenes más inmediatos se encontrarían en las corrientes monoteístas que se extendieron por todo el Imperio en los siglos II-III»²¹. Posteriormente, Constantínidas y Valentinianos, con el martillo de la intransigencia y el cincel del rigorismo doctrinario, esculpirán en un Imperio lacerado por interminables querellas cristológicas el tortuoso sendero por el que el cristianismo acabó imponiéndose como única, exclusiva e indiscutible religión oficial del Estado. Fue así como la institución eclesiástica, aliada en adelante con el poder temporal, se convirtió a mediados del siglo IV en una *ecclesia triumphans*²², sellándose de forma definitiva una relación en la que la mitra papal sería la gran albacea y heredera de esa aura de soberbia, magnificencia y majestuosidad que durante siglos había impregnado todos los poros de la púrpura imperial.

En honor a la verdad, el trasfondo histórico que presidió tal encumbramiento fue un tanto desolador, cargado de miseria, violencia y una inconmensurable sensación de pesar. En el marco de un Imperio ganado por el cristianismo, la atomización política y el afán de poder, pondrán a los fieles en la dolorosa tesitura de derramar o no la sangre ajena. Y será precisamente entonces, cuando dos de la más preclaras y cultivadas mentes de la Iglesia antigua —Agustín de Hipona y Ambrosio de Milán—, auténticos arquitectos de alambicadas conceptuales teológi-

19 SORDI, M.: *op. cit.*, p. 165.

20 BROWN, P.: *op. cit.*, pp. 105-106.

21 *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio* (Tomo LIX de Historia del Mundo Antiguo), Madrid, 1990, p. 20.

22 MAIER, F.G.: en *Las transformaciones del mundo mediterráneo*, Madrid, 1987¹² (ed. original 1968), p. 55, nos proporciona las claves fundamentales que contribuirían a esclarecer el éxito del cristianismo, y, por ende, el de la Iglesia: «(el cristianismo) era superior a las sutilezas esotéricas del neoplatonismo o a la confusión sincretista de algunas religiones de misterios, por su claro monoteísmo, basado en una revelación transmitida por escrito y en un creciente cuerpo dogmático cada vez más sólido. Junto a ello, la promesa de una resurrección del cuerpo puede haber tenido un atractivo especial; tampoco debe subestimarse la influencia de una jerarquía culta. Evidentemente, por encima de esto, la nueva fe debió poseer una particular fuerza de convicción, racionalmente inexplicable». Para más información sobre el tema, véase DODDS, E.R.: *Paganos y cristianos en una época de angustia (Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino)*, Madrid, 1975 (ed. original 1968), pp. 173 y ss. y BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.: *El nacimiento del cristianismo* (Nº 16 de Historia Universal Antigua), Madrid, 1990, p. 148.

cas destinadas a prevalecer en el medievo, elaborarán un verdadero encofrado doctrinal con el que apoyar, respaldar y justificar toda clase de acción violenta o belicosa. Como ha escrito Zahn «*si en otro tiempo se había llegado incluso a la negación del juramento imperial, como consecuencia del rechazo del servicio de armas, tal preocupación desapareció para dar lugar a la obligación de obedecer a la legítima autoridad, encarnada en personas oficialmente cristianas. Los funcionarios espirituales (...) se mantenían normalmente (...) alejados de toda efusión de sangre y de la violencia de la guerra, pero los simples fieles, que no podían ampararse en este especial rango o vocación, tenían que soportar el ridículo, el ostracismo y cosas peores si no estaban dispuestos a cumplir los deberes que se les imponían*»²³. Al socaire de lo expuesto, se evidencia un hecho incontestable para nosotros: la Iglesia del siglo IV se desliga de gran parte de los postulados pacifistas presentes en el Nuevo Testamento, para dar mayor resalte y preeminencia a la carga argumental del Antiguo, donde la violencia, la intransigencia y el más absoluto de los mesianismos estaban a la orden del día. Los preceptos evangélicos de «*Amad a los enemigos, haced bien a los que os odian*» (Mt. 5, 44; Luc. 6, 27-35) o «*A quien te hiera en la mejilla, preséntale también la otra*» (Mc. 6, 29), serán relegados a un plano secundario pues «*no podían ser norma pública de conducta para la autoridad civil cuando el pueblo era atacado desde fuera y se veía violentamente amenazado en su seguridad*»²⁴. Ya no habrá cabida en adelante para aquellas ideas de talante conciliador y pacificador defendidas en otro tiempo por Orígenes o Tertuliano. Poniéndose la fuerza guerrera tras la virtud²⁵, se defenderán las luchas llevadas a cabo para proteger a la patria y a la sociedad frente a los bárbaros y los bandidos²⁶. El desertor será condenado²⁷, siendo proclamada la muerte de un enemigo en combate justo, como un acto digno del mayor y más absoluto encomio posible. De esta forma, al acto digno del mayor y más absoluto encomio posible. De esta forma, al despuntar el siglo V, la cristianización del ejército se había realizado ya de forma oficial, proclamando entonces Teodosio II un edicto que excluiría del servicio militar a todos los que aún practicasen los ritos paganos²⁸.

Con el decreto mencionado, llegamos en efecto al punto final de un proceso que haría de un ejército enteramente pagano rendido a la majestad divina del emperador, una milicia exclusivamente cristiana entregada de manera plena a la adoración de un combativo Dios. La victoriosa águila romana que en otros tiempos había coronado los orgullosos estandartes de las legiones, paseando la hinchida soberbia de una grandeza imperial aparentemente imbatible, fue sustituida por el humilde pero no menos excelso lábaro en el que estaban toscamente talladas y entrelazadas las dos iniciales de la palabra griega Christos. Sin lugar a dudas se trató de todo un cambio iconográfico, que no hizo sino evidenciar la mutación operada en la mentalidad colectiva de una sociedad anegada por una auténtica revolución que resquebrajaría el código espiritual por el que aquella misma se rigió durante siglos.

Pero, ¿cuándo comienza ese proceso que altera el fondo ideológico-religioso en el que nadaba el ejército romano?, ¿en qué momento se rastrea la presencia de los primeros cristianos

23 *Op. cit.*, p. 52.

24 WESLER, A.G.: *op. cit.*, p. 464.

25 S. AMBROSIO DE MILÁN: *De officiis ministrorum*, I, 129.

26 *Ibid.*, I, 27.

27 En concreto en el canon tercero del Concilio de Arlés, reunido en el 353 durante el gobierno del emperador Constancio.

28 CONTAMINE: *op. cit.*, p. 332.

en las legiones?, ¿qué pautas de comportamiento normalmente siguieron al integrarse en el aparato militar? Como indicaba Fontaine, el problema de la milicia y la actitud de los cristianos «*debe plantearse cuidadosamente por generaciones, por regiones (...), en función de la situación social del ejército y del papel preponderante que desempeña en todas las actividades en las que tiende a suplantar a los civiles de forma creciente a medida que nos acercamos al Bajo Imperio*»²⁹. Se ha dicho por otra parte, que la llamaba «*militia Christi*» sólo sería una fuerza de carácter netamente espiritual hasta el siglo IV, momento en el que se convirtió, de la mano de Constantino, en un verdadero ejército en el sentido ordinario y estricto del término. Siguiendo esta línea argumental, la Iglesia, antes de permitir plenamente la integración de sus miembros en el seno de la estructura militar romana, durante sus tres primeros siglos de existencia sólo se limitaría a emplear analogías referentes al ejército para describir el género de vida que llevaban los cristianos, manteniendo en todo momento un talante pacifista opuesto a toda conflagración. Así, en virtud de tales similitudes situadas en un plano eminentemente inmaterial, todos los cristianos serían soldados del ejército de Dios, lucharían por su causa recibiendo los premios y honores sólo de Él, los herejes serían considerados desertores,... resultando ser Jesús el comandante en jefe del ejército cristiano y su suprema inspiración³⁰. Desde esta perspectiva, el combate enfrentaría a los seguidores de Dios no contra seres mortales de carne y hueso, sino contra toda una pléyade de demonios provenientes de la más profundas oquedades de la tierra, que esgrimiendo como arma la tentación, llevaban directamente a la humanidad al pecado. Sólo la fuerza de la palabra y el ejemplo podían contrarrestar tal amenaza, concediéndole al cristiano la victoria definitiva, y por ende, la salvación eterna.

Sin embargo, la realidad marchó por otros derroteros bien diferentes —mucho más materiales y prosaicos sin lugar a dudas—, implicándose los cristianos en el servicio de armas en fecha relativamente temprana. De hecho, entre el último tercio del siglo II y principios del siglo III comienza a detectarse su presencia en los ejércitos imperiales. Como parte integrante de los mismos, participarán activamente en las constantes guerras del período, llegándose incluso a destacar en los campos de batalla por el empuje, la valentía y audacia con las que duramente combatieron. Será en concreto durante el gobierno del belicoso Marco Aurelio, cuando las fuentes cristianas y paganas aluden a un número no determinado de cristianos en la legión XII Fulminata, fuerza que formaba parte del dispositivo ofensivo desplegado en el curso de la guerra germánica del 171-174³¹. A partir de entonces, y aunque es totalmente imposible establecer estadísticas ni siquiera generales del número de cristianos implicados en las violencias militares del momento, hay un hecho evidente: cada vez eran más los que encontraban en el

29 «Los cristianos y el servicio militar en la Antigüedad» *Concilium*, I, III, N° 7, Madrid, 1965, pp. 130-131.

30 Véase HELGELAND, J.: «Christians and the Roman Army from Marcus Aurelius to Constantine» *ANRW*, II, 23.1, Berlín, 1979, pp. 724 y ss. En este extenso artículo que supera el centenar de páginas, el autor comienza en su introducción realizando un estado de la cuestión sobre el tema. Recabando una extensa producción historiográfica en la que se incluyen autores tan reputados como H. Leclercq, A. Hamack, A. Bigelmaier, J. Moffat, H. von Campenhausen, y un largo etcétera, se limita simplemente a exponer los puntos de vista que éstos manejan en sus obras, absteniéndose en todo momento de efectuar precisión personal alguna acerca de las mismas.

31 Durante tal conflicto, la mencionada legión se vio implicada en un hecho de tintes milagrosos y legendarios que Eusebio de Césarea recoge en su *Historia Eclesiástica* (V, 1-6), aludiendo tanto a lo sucedido como al testimonio de algunos coetáneos. Acerca de los problemas y replanteamientos historiográficos efectuados sobre ese acontecimiento, véase el punto —Legio XII Fulminata. The Thunderin Legion. que el citado J. Helgeland le dedica en el artículo arriba mencionado, pp. 766-773.

ejército y en la profesión de soldado un modo de vida digno y aceptable. A este respecto, Swift señala que «*el aumento de cristianos en el servicio militar durante la segunda mitad del tercer siglo es claramente evidente por el hecho de que Diocleciano los hizo objeto de su primera persecución*», añadiendo luego que «*las voces pacíficas de hombres como Tertuliano, Orígenes y Lactancia no parecieron ser obstáculo alguno para los oídos de la comunidad cristiana*»³². Sin embargo, habría algunas excepciones en este panorama. Se trató ciertamente de casos muy aislados, en concreto, de determinados soldados y oficiales de baja graduación que aludiendo a su condición de cristianos, manifestarían serias objeciones a algunas de las prácticas castrenses incompatibles, según ellos, con sus creencias. Parapetándose entonces en toda una panoplia de argumentos de tinte confesional, con más pena que gloria tratarán de justificar, ante las poco escrupulosas autoridades romanas, la actitud rebelde y contestataria adoptada. Ni que decir tiene que como castigo se les aplicó un ejemplar correctivo que tendría como supremo objeto arrancar de raíz unas actitudes, que —entendidas como indignas e impropias de un soldado imperial—, con su reiteración podrían resultar nocivas por un lado para la moral y cohesión de la tropa, y por otro, para la pleitesia que esta última debía guardar al divino emperador.

En este sentido, el profesor Blázquez utilizó el concepto de «*objección de conciencia*», en un artículo publicado hace algunos años, para definir el talante poco o nada receptivo que ciertos miembros de la comunidad cristiana manifestaron hacia la milicia imperial³³. Ahora bien, creemos que se hace necesario establecer una pequeña aunque importante matización que aquél no efectuó. Pues, la «*objección de conciencia*» en la Antigüedad, no sólo podía estar explicada por los profundos sentimientos religiosos que impregnaban a unos hombres en exceso escrupulosos y decididos a seguir al pie de la letra los preceptos establecidos por su Dios, sino también por el hecho de que el ingreso en un ejército totalmente pagano, suponía entrar al servicio de toda una turbamulta de divinidades y símbolos sin sentido ni significado alguno para los cristianos; en esta situación, morir matando con la conciencia intranquila por lo que se consideraba una vil felonía al mensaje de Cristo, podía ser una fácil manera de catapultarse al pecado y de ahí al infierno y la condenación eterna. Y no por el hecho de que matar —como hoy pudiera pensarse— fuera en sí algo contrario u opuesto a un hipotético código moral o ético existente entre los militares, sino simple y llanamente porque entraba en directa contradicción con una religiosidad que hacía del «*no matarás*» uno de sus postulados fundamentales. No obstante, cuando bajo la férula de Constantino y Teodosio —en el último siglo de esplendor del Imperio romano—, el cristianismo se convierte primero en religión lícita (Edicto de Milán en el 313), y luego exclusiva (Edicto de Tesalónica en el 380), la situación cambiará radicalmente, pues la Iglesia construirá toda una trabazón argumental basada en supuestos teológicos y doctrinarios que harán de los soldados auténticos «*milites Christi*». En adelante, ya no importará la sangre enemiga derramada, y el hecho de verterla no conllevará los temidos y apocalípticos castigos divinos que, como una espada de Damocles, habían atormentado y pesado sobre la conciencia de una pequeña parte de la soldadesca cristiana en los tiempos pretéritos. Pues, a fin de cuentas, a partir de entonces habría guerras que serían consideradas como «justas», y en las que se combatirá a la sombra de la cruz.

32 «War and the Christian Conscience I. The early years» ANRW, II, 23.1, Berlín, 1979, pp. 861 y ss.

33 «Los cristianos contra la milicia imperial. La objeción de conciencia en el cristianismo primitivo», p. 68.

Pero, ¿qué coordenadas espirituales en concreto regían y vertebraban el variopinto universo confesional del ejército? En 1978, Helgeland y Birley publicaron sendos artículos³⁴ referentes al tema, estudiando desde una rica y amplia perspectiva —que incluía no pocos testimonios epigráficos— los enrevesados senderos por los que transcurrieron las inclinaciones religiosas de la milicia imperial, tanto en su vertiente pagana como en su vertiente cristiana. Fuertemente penetradas por la superstición, la tropas serían permeables a todo tipo de cultos —fueran o no oficiales—, constituyéndose con ellos una «*complicada cosmología en la que todo elemento natural y sobrenatural tenía su lugar*»³⁵. Los ritos, tradiciones y símbolos ligados a aquellas creencias, hábilmente explotados —cuando no alterados o disfrazados en su sentido original— por los jefes del ejército, canalizarían muchas veces la bravura de la soldadesca. «*Puede ser cierto, por ejemplo, que los comandantes manipulasen las profecías en las prácticas adivinatorias, para hacer aparecer un momento como favorable a la acción militar (...) refrenando además a las tropas más ansiosas por entrar en batalla hasta que se diera el instante más estratégicamente oportuno. Incluso el comandante podía haber usado la religión para sus propios fines...*»³⁶.

Los cristianos no lograrían substraerse de tal panorama, siendo su presencia desde el principio plenamente aceptada y tolerada dentro del ejército, siempre y cuando, eso sí, «*no alterasen la tranquilidad de la sociedad o promoviesen aquello que los romanos juzgaban como inmoral*»³⁷. Sus cultos privados y prácticas religiosas —perfectamente complementadas por regla general con la obediencia debida al emperador y a las inveteradas divinidades oficiales—, en un primer momento no parecieron despertar demasiados recelo en la milicia. Ya que, el cristianismo, era o parecía ser uno más de tantos otros inofensivos grupúsculos sectarios que se habían ganado un espacio nimio y limitado en el seno de la politeísta mentalidad legionaria, alcanzando con el tiempo cargos de cierta trascendencia en la jerarquía.

Posteriormente, entre las batallas que los cristianos tendrían que librar contra el paganismo, el martirio, jugará un papel de destacada relevancia; pues formó parte del banquete espiritual del que viviría la futura tradición eclesiástica, tradición que fue modelada con la sangre y el sufrimiento de seres supuestamente masacrados por sus creencias.

La segunda mitad del siglo III y el primer cuarto del siguiente, constituirían el arco temporal en el que se inscribieron los llamados martirios militares, aunque en honor a la verdad es justo precisar que nos movemos en un terrero excesivamente lábil a la hora de estudiarlos, valorarlos y calibrarlos en su adecuada dimensión, pues la información que de algunos de ellos tenemos, raya más en la leyenda que en la fría y cruda realidad histórica. En este sentido, no son pocos los anacronismos cronológicos o geográficos y las interpolaciones posteriores, que nos encontramos en episodios dotados de ciertos resabios de carácter propagandístico cuando no victimista. En esa línea —como ejemplos—, podemos citar en primer lugar el martirio de la legión tebana, supuestamente acaecido en Suiza en el 286 durante el enfrentamiento que Diocleciano sostuvo con los bagaudas, y en segundo, la masacre ordenada en Capadocia contra parte de la legión XII Fulminata en el curso de la guerra civil que desde el 320 oponía abiertamente a Licinio y

34 Respectivamente son «Roman Army Religion» y «The Religion of the Roman Army» ANRW, II, 16.2, Berlín, pp. 1470-1505 y pp. 1506-1541.

35 HELGELAND, J.: *Ibid.*, p. 1471.

36 *Ibid.*: pp. 1470-1471.

37 *Ibid.*: p. 1496.

Constantino por el control absoluto del aparato estatal. Ambos sucesos, serían posteriormente ponderados por la Iglesia³⁸, formando parte indiscutible de todo ese melodramático acervo que tanta impronta ejerció en buena parte de los presupuestos iconográficos renacentistas y barrocos. Así, la idea que hoy puede sugerirnos el término «martirio» —excesivamente mitificado tanto en su vertiente civil como militar—, se aproxima más a las desgarradoras imágenes presentes en algunos de los lienzos que ornán nuestros museos, que con lo que verdaderamente sucedió en la antigua Roma.

En aras del mayor rigor histórico posible, no podemos hablar ni de brutales torturas ni de sufrimientos largos e intensos, como la tradición posterior nos ha transmitido. De hecho, los tan celeberrimos martirios militares, con frecuencia no fueron sino simples ejecuciones sumarias, muchas veces precedidas por una breve estancia en una celda, desagradable experiencia con la que se pretendía hacer reflexionar al reo para que mudase tanto de opinión como de conducta. La negativa a tales peticiones siempre traía como consecuencia la aplicación de la pena capital, que se hacía sin miramientos de ningún tipo.

Las motivaciones que empujaban al poder romano a actuar de manera tan contundente con los llamados mártires militares, casi nunca obedecieron a cuestiones vinculadas con la religión o las creencias que aquéllos tenían, sino a causas de contenido más prosaico que espiritual. Pues en el fondo, para Roma, no se trató de un problema de incompatibilidad confesional, sino de rebeldía al severo código de disciplina castrense³⁹. Las negativas a servir en ningún ejército, a portar armas, a adorar al emperador, o a sacrificar a dioses considerados como «*ídolos sordos y mudos*», quedarían plenamente justificadas amparándose los cristianos en su condición de «*militēs Christi*». «*Mi milicia está junto a mi Señor. No puedo servir a este mundo*»⁴⁰, o «*arrojé (las armas) porque no era digno que un cristiano militara en la milicia de este mundo; un cristiano sirve a su Señor, Cristo*»⁴¹, son sólo una parte de la vehemente artillería argumental esgrimida ante unas autoridades que se esforzaron por hacer entrar en razón a tales soldados, alentándolos para que rehusasen de unos planteamientos que atentaban directamente contra la cohesión de un ejército considerado como salvaguarda y piedra angular del orden imperial.

La posterior tradición cristiana, legará la identidad de algunos de aquellos pocos legionarios que pagaron con su sangre por las osadas e irreverentes objeciones manifestadas en contra del aparato militar. En la actualidad, resultaría un ímprobo e inútil ejercicio tratar de deslindar la historia del mito, pues este último ha acabado por envolver en demasía la cuestión, mezclando peligrosamente veracidad y ficción al ofrecernos un espectáculo de heroísmo religioso-moral con ribetes de santidad. Maximiliano, Julio, Marcelo, Marino,... son quizás los mártires más conocidos y alabados por la Iglesia primitiva. Emeterio y Sebastián —entre otros—, se situarían en un plano un tanto distinto⁴². Los 6.600 de la legión tebana —con Mauricio como comandante

38 «Christians and the Roman Army from Marcus Aurelius to Constantine», pp. 774 y ss.

39 Véase KERESZTES, P.: «The Imperial Roman Government and the Christian Church II. From Gallienus to the great persecution» ANRW, II, 23.1, Berlín, 1979, p. 377.

40 *Passio Maximiliani II*, en SÁNCHEZ SALOR, E.: ed., *Polémica entre cristianos y paganos*, Madrid, 1986, p. 408.

41 *Passio Marcelli II*, en *Ibid.*, p. 410.

42 Aunque han sido considerados también como mártires militares, sus ejecuciones respondieron a otras causas. Según la tradición, el primero —que era soldado— fue martirizado por su condición de cristiano en Calahorra (aproximadamente en el 300) cuando arreció la persecución impulsada por Diocleciano; el segundo —jefe de la guardia pretoriana— fue asaeteado y luego apaleado en Roma (alrededor del 288) por difundir la doctrina de Jesús y proteger a los cristianos perseguidos.

en jefe— y los 40 de la legión XII Fulminata, formarían más parte de la leyenda, pues los problemas que han planteado han sido de tal magnitud, que hoy muchos estudiosos⁴³ ponen en tela de juicio su validez histórica. De hecho, creemos que tales «matanzas» serían más una maniobra propagandística que otra cosa, maniobra con la que en la posteridad se pretendería exaltar el sufrimiento de los cristianos ante la canalla pagana, como manera de justificar el acto de traición que cometería la Iglesia con respecto al Imperio, al que abandonó a su suerte cuando éste comenzó a desplomarse en el siglo V⁴⁴.

Por otro lado, no es menos cierto que los mártires reseñados arriba también han supuesto problemas de cierto calibre para la historiografía, pues al abordarlos se destacan ciertas contradicciones, incongruencias y lamentables lagunas, fruto de las ambivalentes y fragmentarias fuentes con las que contamos para su tratamiento. Éstas, aparte de detalles anecdóticos y circunstanciales, nos proporcionan datos aproximativos tanto de los años como de los lugares en los que tuvieron lugar tan luctuosos sucesos. Pretender acrisolar tal corpus informativo, supondría una ingrata y tediosa labor que no haría sino llevar nuestras investigaciones a un punto muerto, pues fuera de las actas eclesiásticas son escasas las noticias que tenemos para poder emprender estudios comparativos que clarifiquen un asunto tan nebulosamente desvirtuado por la tradición. Sólo podemos limitarnos a ofrecer la secuencia geográfica y cronológica en la que se inscriben las ejecuciones indicadas, así como algunos datos de tipo accesorio que ayuden a establecernos un esquema mental en el que englobar las líneas maestras de lo sucedido. Ordenados de mayor a menor antigüedad, esta sería la lista de mártires militares más conocidos, acompañada de los lugares en los que supuestamente fueron ajusticiados: Marino (Palestina - 260/261), Maximiliano (Mauritania Caesarensis - 295), Marcelo (Mauritania Tingitana - 298), Julio (Mesia inferior - 303), Dasio (Mesia inferior - 303), Tipasio (Mauritania Caesarensis - 304).

Todos ellos tenían en común, aparte de las motivaciones que les empujaron —que respondieron como ya indicamos a planteamientos de tipo religioso y no moral o ético—, el ser hasta ese momento soldados disciplinados, con cierto grado de veteranía, e incluso aplaudidos y recompensados con prebendas jerárquicas por su superiores y comandantes. No se trató, por tanto, ni de marginados ni de desplazados, sino de gentes que parecían estar bien integradas en la milicia y que aparentemente habían sabido compaginar sus particulares creencias con las oficiales.

¿Qué fue entonces lo que pasó?, ¿qué les hizo cambiar de opinión?, ¿qué alteró una trayectoria hasta entonces envidiable en algunos casos?, ¿por qué fueron sólo unos pocos los que renegaron? Creemos que para explicar la mutación que se opera en el talante de estos soldados, de entrada se hace necesario descartar algunas variables: en primer lugar, no pensamos en absoluto que se pueda hablar de cobardía, pues esos cristianos tenían cumplida experiencia en los campos de batalla, y algunos de ellos eran distinguidos veteranos —como Julio que contaba con 27 años de servicio— curtidos en mil y una lizas. Tampoco, en segundo lugar,

43 Véase HELGELAND, J.: *op. cit.*, y KERESZTES, P.: *op. cit.*

44 Personalidades tan señeras de la intelectualidad cristiana como Salviano, Orosio, Agustín o Jerónimo, a tenor de los acontecimientos que se produjeron —derrota de Adrianópolis (378), saqueo de Roma (410),...—, tenderían puentes a unos príncipes bárbaros impregnados en mayor o menor medida por la romanidad, comenzando de esa manera a desligarse de la suerte material del Imperio. Sin embargo, el programa ideológico-político que éste representaba, sería conservado por la Iglesia en los siglos medievales. Y a aquél, precisamente mirarían las dinastías Carolingia, Otónida y Staufen, en busca de la panoplia argumental con la que respaldar sus pretensiones universalistas.

consideramos que pueda responder tal cambio al anteriormente referido influido montanista. Éste, en todo caso, fue responsable de ciertas actitudes pacifistas y antimilitaristas claramente perceptibles en algunos de los posteriores teólogos cristianos⁴⁵, pero el nexo entre tales postulados y la milicia es un tanto difícil de establecer, porque por un lado no creemos que la soldadesca se entregase en sus escasísimas horas de asueto a la lectura o discusión de intrincadas disquisiciones doctrinarias, y por otro, aunque llegaran a sus oídos tales ideas, ¿por qué en la parca información de la que disponemos acerca de los procesos emprendidos contra los mártires militares, no se reflejan las actitudes milenaristas implícitas a la herejía montanista? ¿Cómo explicar también la supuesta permeabilidad mental de unos pocos a tal doctrina, frente a la impermeabilidad de la inmensa mayoría? De hecho, y llegados a este punto, hay que decir que no tenemos noticias o datos referentes a ningún grupo de presión cristiano contrario a la milicia, sino de casos muy aislados y particulares. Además, esos comportamientos contestatarios a la disciplina, nunca estuvieron en consonancia con la ambigua postura oficial de una oportunista Iglesia, que desentendiéndose de tales martirios; en el momento en el que le convino los asumió como insignias propagandísticas, utilizándolos ampliamente como ejemplos de la impiedad y despotismo romano. ¿Cómo ensamblar entonces la postura combativa de la institución eclesiástica a partir del siglo IV, con esa veneración rendida a soldados supuestamente ejecutados por su oposición a la milicia y a lo que ésta entrañaba? Simple y llanamente argumentando que en esos momentos se luchaba ya por Dios y no bajo estandartes o consignas politeístas, con lo que indirectamente se justificaba el rechazo de aquellos cristianos al ejército, rechazo que habría surgido por su negativa no a la guerra, sino a estar inscritos en una milicia que servía a ídolos e intereses paganos. Por último, tampoco podemos sostener que planteamientos de tinte visionario desempeñaran papel alguno en el proceso que estudiamos, pues sobre el particular nada indican las fuentes de las que disponemos. No hay mención de acontecimientos milagrosos que influyesen en el ánimo de esos cristianos, llevándolos a arrojar las armas e insignias y a exponer su vida al afilado acero del verdugo. De hecho, los estados de trances o las apariciones celestiales de sabor sacrosanto, de cuyo uso y abuso se encargó taimadamente la Iglesia posterior para acreditar ciertas conversiones, parece que nada tuvieron que ver con el cambio de actitud que convierte a aquellos soldados en disidentes del orden militar. La motivación fundamental y prioritaria que creemos que impelió un nuevo rumbo en tales comportamientos, se encontraría en coordenadas totalmente ajenas a místicas iluministas.

Bajo nuestro parecer, algo tan simple como el hastío y la angustia, combinado con un cierto sentimiento de desgracia y decadencia —propio de los extremadamente violentos e inestables años que les tocó vivir a tales soldados—, probablemente pudo estar detrás del rendimensionamiento de una postura hasta entonces proclive al ejército. En este sentido, basta con echar una ojeada a los escritos referentes a ese momento para apercibirse de forma nítida del clima sumamente escatológico y apocalíptico con que la Iglesia presentaba las desventuradas consecuencias y efectos de la crisis del siglo III. Cipriano de Cartago, por ejemplo, decía: *«te quejas como si, aun contenida la amenaza externa de los ejércitos bárbaros, no fuese más feroz y dura la guerra doméstica por las calumnias e injusticias de los ciudadanos poderosos; te quejas de la esterilidad y hambre, como si la sequía causara más hambres que las rapiñas, el saqueo de*

45 «No tengo ninguna obligación frente al Foro, el ejército o el Senado (...), evito las urnas electorales y los tribunales (...), no presto servicio como magistrado, ni como soldado; nosotros los cristianos estamos más allá del mundo político» Tertuliano De Pallio, 5.

las importaciones de víveres y el alza de precios... Te quejas de que hay poca producción de frutos, cuando los que se producen no se reparten entre los menesterosos; te irritas por la peste, cuando...ni a los enfermos se les presta socorro, y la rapiña y la avaricia se ejerce sobre los muertos»⁴⁶. Y Orosio, por su parte, señalaría: «De repente, con el consentimiento de Dios, se sueltan por todas partes los pueblos que habían sido convenientemente colocados y puestos alrededor de las fronteras del Imperio y, rotos los frenos, se lanzan contra todos los territorios romanos (...). Y para que no escapase de este despedazamiento ninguna parte del cuerpo romano, en el interior conspiran los usurpadores, resurgen las guerras civiles, se derrama por todas partes gran cantidad de sangre romana en la cruel lucha entre romanos y bárbaros; pero en seguida la ira de Dios se convierte en misericordia y en lo que se refiere a la venganza por él iniciada debe ser considerada total sólo en apariencia, no como auténtico castigo»⁴⁷. La desagradable sensación de que el orden conocido y los valores largo tiempo ponderados, se resquebrajan progresivamente bajo sus pies por todo el cúmulo de adversidades que se sucedían, pudo haber provocado un devastador impacto en los principios confesionales de ciertos sectores extremadamente sensibles —tanto en la esfera civil como militar—, que comenzarían a plantearse por primera vez el sentido y trascendencia de lo que hacían.

De esta forma, y desde nuestro particular punto de vista, los llamados mártires militares no serían víctimas del orden establecido, sino de un mundo al borde de la más absoluta de las zozobras que les llevó a revalorar sus iniciales comportamientos, ajustando éstos a una línea tendente a lograr un mayor purismo en el fondo doctrinario del que espiritualmente dependían. De ahí, que volviesen a algunos de los preceptos del mensaje original transmitido por Jesús, adorando a Dios por encima de ídolos paganos que serían obviados, o negándose a militar y por ende a matar, por citar dos ejemplos. Sin embargo, determinados árboles no han de impedirnos la contemplación del bosque, pues la actitud global que mantuvieron la inmensa mayoría de cristianos integrados en las filas del ejército, fue la de una carencia casi absoluta de prejuicios de tipo religioso, moral o ético que les llevarán a soslayar los onerosos e inevitables compromisos contraídos al ingresar en la milicia. Nada inclinados a seguir la escrupulosa senda por la que marchó la orientación pacifista y pacífica escogida por algunos de sus camaradas, aquellos soldados fieles al orden establecido mantendrían un estricto silencio sobre tales acontecimientos, posicionamiento con el que no harían sino diluir en la enorme y variopinta balsa confesional del Imperio, una tendencia que llevada más lejos hubiera resultado verdaderamente nefasta dado el crucial papel desempeñado por las legiones en los siglos siguientes.

Queda por clarificar un pequeño punto, que aunque se inscribe en el polémico y controvertido tema de las persecuciones, creemos que es necesario y justo sacarlo a colación, pues afecta de lleno a partes de la traba argumental expuesta en las últimas páginas. ¿Por qué Diocleciano, en los albores del siglo IV, decidió llevar la persecución contra los cristianos dentro de un ejército en el que éstos, comportándose como buenos soldados, no sólo seguían los símbolos paganos sino también respetaban la más estricta y severa disciplina militar? Sin lugar a dudas, y por lo que sabemos, las motivaciones que empujaron a aquel antiguo oficial ilirio de caballería a adoptar esa medida, se inscriben en las coordenadas de lo que se ha venido en llamar «razón de Estado». Aunque ciertamente éste es un término acuñado por la posteridad, el contenido que encierra tal concepto es susceptible de ser extrapolado para definir una de las metas que

46 *Ad. Demetrianum*, 10, (trad. de J. Fernández Ubiña).

47 *Historias*, VII, 22, (trad. de E. Sánchez Salor).

marcaron la evolución política de la Tetrarquía: conferir un barniz de unidad moral y religiosa que cohesionase y reforzase, en el plano confesional, el nuevo sistema de poder entonces recientemente inaugurado. Hombre duro «*con una visión estrecha y realista de las prioridades del cargo imperial y la firme decisión de imponer orden y disciplina al mundo*»⁴⁸, no dudaría ni un momento en combatir a la Iglesia cuando ésta mostrase un semblante hosco y mohíno a unos proyectos tendentes a reestructurar y consolidar los distintos pilares en los que descansaba el milenarismo romano.

Sin embargo, los hados no serán propicios a Diocleciano, fracasando en su objetivo de hacer de las vetustas tradiciones religiosas la tabla de salvación que uniformara la espiritualidad romana; pues el alcance de la persecución emprendida, en verdad fue tremendamente limitado —tanto temporal como geográficamente—, circunscribiéndose sobre todo a la «*pars orientalis*», donde fue aplicada con un elevado grado de celo y violencia sin conseguir arrancar de raíz la innegable y creciente presencia cristiana en el seno de las instituciones civiles y militares. La hábil combinación de filosofía y fanatismo⁴⁹, dará entonces a la Iglesia su triunfo en ésta y otras batallas emprendidas contra los dictámenes religiosos imperiales, sirviendo el cristianismo de definitiva cobertura religiosa —a pesar del intento de revitalización paganista sostenido por Juliano—.

Retrospectivamente, el papel que desempeñaron los cristianos que lucharon bajo los estandartes de Dios, actuando como paladines del Imperio romano y brazos armados de la institución eclesiástica, puede ser entendido como la lógica culminación de un proceso que alteró el marchamo por el que hasta ese momento habían circulado los horizontes ideológicos de la antigua Roma. Puestos en tela de juicio por toda una gama de inquebrantables demonios internos e inexorables realidades externas, aquellos derroteros evolucionaron hacia premisas estrictamente monoteístas, que harían de un Dios omnipresente, omnímodo y omnipotente, la única y exclusiva panacea con la que llenar el vacío creado por la sensación de angustia milenarista ligada a los avatares del momento. El «*miles Christi*» se convertirá en un simple peón en el tablero de las ambiciones humanas, estando su vida al servicio de un ideal de mística grandeza. Ya no valdrá excusa u objeción alguna para desmarcarse de la milicia y de las tremendas miserias humanas engrendradas por ésta, pues era Dios quién quería la guerra y el que la convertía en una causa justa. Así, a partir de entonces, el acero y la cruz serán todo el equipaje material y moral con el que contarán los soldados cristianos. Cualquier escrúpulo a entrar en batalla por imperativos confesionales quedaría definitivamente descartado.

A la luz de lo expuesto, es evidente que la Iglesia no pudo escapar de la incipiente militarización que afectó a la fosilizada estructura social romana durante el período bajo-imperial. El cristianismo, como ha dicha Aja Sánchez, no fue un factor de paz y estabilidad en la vida urbana del Imperio tardío, no solucionó problemas, sino más bien todo lo contrario: fue motor de odios y venganzas, génesis de interminables conflictos, desórdenes y abusos. Con el florecimiento del cristianismo, «*aparecieron las tensiones, la intolerancia (...), las fricciones entre gentes que debían convivir (o malconvivir) viendo el mundo, la vida, la religión, de muy diferente for-*

48 GARNSEY, P. y SALLER, R.: *El Imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, Barcelona, 1991 (ed. original 1987), p. 297.

49 FRIEND, W.H.C.: «El fracaso de las persecuciones en el Imperio romano» (en *Estudios sobre historia antigua*, ed. M.I. FINLEY), Madrid, 1981. (ed. original 1974), p. 294.

ma»⁵⁰. Inacabables discusiones teológicas, violentas algaradas que desembocan en auténticos linchamientos populares, absurdos enfrentamientos entre partidarios y detractores del cesaropapismo... tales fueron algunas de las páginas más negras e imborrables que el siglo IV deparó al cristianismo. Las masacres, los asesinatos e inhumanidades varias dictadas por la intolerancia religiosa, el autoritarismo doctrinario, y un fanatismo sediento de sangre y vacío de cualquier amor al prójimo —ajeno todo ello al mensaje original de Jesús de Nazaret—, supondrían sin lugar a dudas parte importante del legado material y espiritual que la Antigüedad, madre y en cierto modo víctima del cristianismo⁵¹, transmitiría a los hombres y mujeres del medievo.

50 «El linchamiento del obispo Jorge y la violencia religiosa tardorromana» *Antigüedad y Cristianismo. Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía*, VIII, Murcia, 1991, p. 135.

51 MAZZARINO, S.: en *El fin del mundo antiguo*, México, 1961, p. 24, considera al cristianismo como el elemento espiritual que «dio nuevo dramatismo a la crisis que envenenaba el mundo clásico».